



La experiencia de la fe y nuestro amor matrimonial

P. Carlos Avellaneda

Meditación Jueves Santo 2013

Introducción

Buenas noches a todos. Como lo venimos haciendo estos últimos años, también hoy nos reunimos en la noche del Jueves Santo. En su última cena Jesús dio a sus amigos las últimas enseñanzas sobre el amor. Lo hizo con *palabras* y con *gestos*. Las *palabras* del mandamiento nuevo –“ámense los unos a los otros como yo los he amado” – y los *gestos* del lavatorio de los pies y la entrega del pan y del vino transformados en el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Desde aquella última cena, esta noche será para siempre nuestro principal punto de referencia para aprender a amar. Para ustedes, en particular, es la noche del mandamiento del amor “de uno a otro”, es decir, del amor recíproco. Amor esponsal que aprenden a vivir juntos a lo largo de toda la vida y que convierten en amor paterno y materno para con sus hijos. Y como todo aprendizaje, el camino del amor matrimonial de ustedes seguramente tendrá sus progresos y sus retrocesos, sus avances y sus estancamientos, sus alegrías y sus penas. Por eso mismo, estamos hoy aquí. Necesitamos todos –ustedes y yo– seguir aprendiendo a amar. Dar un paso adelante en nuestra voluntad y habilidad para amar. Sentirnos comprendidos en nuestras dificultades para amar. Vernos alentados en el amor.

Este año quisimos con el Equipo de Pastoral Familiar de la Merced ubicar la reflexión sobre la vida matrimonial y familiar que los guiará todo el año en el contexto del Año de la Fe, proclamado por Benedicto XVI. Un año destinado a profundizar en los motivos de nuestra fe y en los frutos que el creer hace germinar en nuestra vida. “¿Qué sería de mí, de mi matrimonio y de mi familia si no tuviera fe, si no creyera en Dios, en Jesús, en su Iglesia, en mi comunidad? ¿Cómo soportaría las adversidades, cómo corregiría mis equivocaciones y cómo viviría tantos logros si no tuviera a Dios para agradecer?”

Estoy convencido que para ustedes, que cuando eran jóvenes se prometieron un amor para siempre, y tratan de sostenerlo y compartirlo con sus hijos, la experiencia de la fe en Dios vivida en la Iglesia es algo fundamental. ¿Cómo amar hasta el fin sin creer que es posible, y sin creer en Aquél que lo hace posible? La falta de fe en el mundo de hoy se expresa sobre todo en el fracaso del amor y en la ruptura de tantos vínculos a causa de la debilidad, la torpeza o el egoísmo. Si para nuestros padres o abuelos la fe católica significaba muchas veces una especie de corsé o presión para no separarse, rompiendo un vínculo tóxico, hoy la fe juega otro papel en la vida de

los esposos cristianos. Es un estímulo para aprender a amar, para descubrir el propio potencial y las propias fragilidades, para abrirnos al Dios del amor y la vida que quiere hacernos hábiles en el arte amar.

Hace poco recibí a una mujer que me decía: “con mi marido nos adoramos, pero nos vamos a separar... porque nos hacemos mucho daño”. Cuesta entender una situación así, pero es muy frecuente. Los años han provocado un apego y una dependencia mutua que les cuesta cortar, pero eso no es amor. La mutua necesidad y apego no es amor verdadero. Y en la convivencia diaria no saber amar hace que los cónyuges se lastimen, aunque digan que, en el fondo, se quieren.

¿Qué papel puede jugar la vida de fe en nuestro aprendizaje del arte de amarnos? Pienso que la experiencia religiosa no puede quedar reducida a un ámbito específico de nuestra vida y a un horario limitado de nuestra semana, como si la fe fuera un compartimento estanco y separado de la vida que ustedes llevan con su pareja y sus hijos. Una fe que quede encerrada en el templo, en la capilla de la adoración o en un rezo en casa y no nos abra a horizontes de amor saludable y creciente, no es verdaderamente una fe cristiana. La auténtica experiencia de la fe es totalizante y unificante: abarca todas las dimensiones de la vida –espiritual, emocional, física y sexual– dando un significado definido a toda nuestra existencia.

La fe vivida deber llevarnos al amor vivido, y vivido con todo nuestro ser: inteligencia, voluntad, sentimientos, pasión. Un amor inteligente, libre, afectivamente expresivo, espiritual, físico y apasionado. Esta noche casi podríamos decir que porque creemos, por eso amamos... y tal como creemos así nos amamos.

Dice la primera carta de san Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él... Nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (4,16.19). Porque hemos creído en el amor total y ese amor permanece en nosotros, por eso deseamos amar totalmente y permanecer en nuestros vínculos de amor. La fe en el Dios que nos ama puede ayudarnos a amarnos de manera cada vez más saludable y sensata.

Crear en Dios y en su amor es el primer movimiento del alma para amarnos unos a otros “hasta el fin” (Juan 13,1). “La fe actúa por el amor”, decía san Pablo (Gálatas 5,6). La fe en Dios que es Amor actúa por el amor humano y cristiano tan especial por su calidad, pasión, ternura y fidelidad. “La fe sin el amor no da fruto, y el amor sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que uno permite al otro seguir su camino” (*Porta Fidei* 14). Los invito entonces a recorrer algunos aspectos de la experiencia de la fe que alimentan y enriquecen la vida amorosa de ustedes como esposos y padres.

1) Creer es confiar

La fe religiosa es un don de la gracia, pero del punto de vista humano tiene la misma raíz que la confianza humana. Confiar o creer significa encontrar en alguien seguridad y fiabilidad; eso nos permite apoyarnos confiados en su fidelidad y firmeza. Cuando creemos en Dios, ponemos en él nuestra confianza. Cuando creemos en alguien, por ejemplo ustedes en su propio cónyuge, confían que él les será fiel, los cuidará y acompañará siempre. Esto significa que cuando creemos en alguien lo que le creemos es que nos ama. Tener fe en Dios significa creer en su amor, creer que nos ama y apoyarnos en él, relajados y seguros.

Debemos reconocer que tenemos dificultades para vivir relajados y seguros, apoyados en Dios. ¿Por qué a veces nos cuesta confiar en él? La capacidad de confiar de una persona se gestó y

crio con los primeros vínculos con sus padres y cuidadores. El niño cuidado y atendido adecuadamente en sus necesidades va adquiriendo un corazón confiado. Siempre que necesitó de sus cuidadores recibió su atención. Sin embargo ésta no es una experiencia tan habitual y segura. Sin embargo, muchas veces las personas sufrieron desatenciones, abandonos y también maltrato e incomprensión. Si de niños vivimos algo de esto, seguramente nuestro corazón se endureció y encerró para protegerse del dolor. Y si nuestro corazón no está blando y relajado, con cierta naturalidad para confiar, la experiencia de la fe quedará afectada.

A nuestras experiencias de la infancia se le suman las que hemos acumulado siendo jóvenes y adultos. Las desilusiones y abandonos, las pérdidas y fracasos nos han apocado y nos han encerrado en nosotros mismos, nos volvieron escépticos o desconfiados. Nuestro corazón aprendió a no entregarse fácilmente porque no confía en el amor de los demás, no confía en que la vida es generosa y buena. Es como si nuestro corazón hubiera acumulado bollos y moretones que lo endurecieron. Y detrás de todas esas experiencias difíciles y dolorosas, Dios mismo queda en un lugar sospechoso, como alguien que desconocemos y en el cual no terminamos de confiar del todo. Cuando nos ocurren cosas dolorosas e inesperadas nos confundimos: nuestra visión de la vida entre en crisis y nuestra imagen de Dios también. Sentimos que de una u otra forma, Dios es responsable de lo malo que vivimos; por acción o por omisión, él tiene que ver con nuestra desgracia.

Para un adulto como ustedes la experiencia más significativa de confianza y entrega es el matrimonio. Uno es para el otro el principal punto de apoyo para la propia vida. Cuando han vivido bien el amor entre ustedes, se reforzó la confianza que se tienen. Pero cuando se lastimaron o engañaron, cuando no se atendieron uno al otro, cuando no lograron interpretar y saciar las necesidades del otro, se provocaron mutuamente frustración, dolor y desconfianza. Y el peor virus que infecta una relación de pareja es la desconfianza: revisar el teléfono, los emails y los trajes del marido para encontrar algo sospechoso; estar ansiosos y pendientes de dónde está el otro y con quién.

La mayoría de las personas, con el tiempo, nos hemos vuelto en algún grado desconfiadas. El corazón se nos ha ido endureciendo y nuestra fe en Dios se fue transformando, aun sin que nos demos cuenta, en un conjunto de prácticas y rituales que no terminan de comprometer nuestra vida. Le entregamos a Dios algo de nuestro tiempo, pero no la totalidad de nuestro corazón. Hemos aprendido a protegernos/defendernos de los demás y también de él.

Estoy convencido que el matrimonio posee un enorme poder sanador de nuestras desconfianzas. No en vano el amor de la pareja es el sacramento del amor incondicional de Dios. Poder apoyarse confiadamente en el cónyuge ayuda a poder relajarse y confiar en Dios. La relación matrimonial puede ser una experiencia intensa y simbólica de la protección y el cuidado de Dios. Pero a su vez y en un sentido inverso, la fe en Dios puede ser una fuente poderosa para transformar la relación humana de la pareja de modo que sea más confiable, armónica y fluida.

Cuando un miembro de la pareja se resiste a revisar sus actitudes y modificar sus conductas, se planta en un lugar de omnipotencia, de resistencia o de comodidad del cual tendría que moverse y no lo hace. No quiere convertirse... y así no está cerrado solamente a su cónyuge, sino también a Dios.

La fe en Dios, la confianza en que nos quiere mucho y desea lo mejor para nosotros, nos puede hacer más humildes y dóciles, más capaces de bajar nuestras defensas y animarnos a replanteos, a mejorar actitudes, a animarnos a crecer en lo que nos cuesta. Dios ama a todos, ama al esposo y a la esposa. Él no está a favor de uno y en contra del otro. Él es una instancia

superadora de las peleas y rivalidades entre los dos. Él es el garante de la comunión y entendimiento de ustedes como esposos si los dos están abiertos a su Palabra y a su gracia.

Por supuesto que ablandar nuestro corazón para convertirnos y mejorar como personas se hace más fácil si enfrente tenemos a alguien que no nos juzga ni acusa, que no quiere dominarnos y modelarnos para que cumplamos sus expectativas, que no nos traiciona ni abandona.

2) La fe y el amor necesitan alimentarse

La fe y el amor son realidades vivas y por eso necesitan abrevarse en su fuente y alimentarse cotidianamente. De lo contrario se desgastan y mueren. Jesús dice en el sermón de la montaña: “Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres” (Mateo 5,13). La fe y el amor pueden perder su sabor, volviéndose estériles y desechables. Ustedes saben por experiencia que un amor no cuidado se deteriora y devalúa. Recuerden con cuánto empeño trabajaron ustedes su relación amorosa en el noviazgo. En esos tiempos necesitaban conquistarse, convencerse mutuamente de que eran el uno para el otro, ganarse el Sí con mayúscula del matrimonio. Pero una vez casados, la vida cotidiana con sus exigencias de trabajo, crianza de hijos y atención de la casa hace que los esposos vuelquen sus energías en ocupaciones inmediatas, muchas veces descuidando la relación entre los dos.

Lo mismo ocurre con la vida de fe. La fe no pertenece al ámbito de las necesidades inmediatas, sino al de las necesidades de sentido. Un ser humano puede vivir sin fe o con una fe quedada en el pasado e infantil y hasta puede ser una persona exitosa en su trabajo y en sus relaciones. Nadie se muere por no tener fe o tener una muy primitiva. Pero abrirse a una fe cultivada y adulta, enriquecida y practicada, nos abre al amor de Dios y nos orienta hacia un horizonte que da sentido trascendente a nuestra vida.

Recuerden en el evangelio de san Juan aquel encuentro de Jesús con la mujer samaritana frente al pozo de Jacob. Jesús la invita a creer en él y a extraer el “agua viva” que mana de esa fuente que es él mismo (Juan 4,14); es decir, a unirnos a Jesús por la fe y abrevar de su amor. El Señor también se ofreció como “pan de vida” para saciar nuestra hambre más profunda (Juan 6,35). Beber y comer son las metáforas que el Jesús utiliza para decirnos que cada día necesitamos abrevar en él. Acudir a Jesús por medio de nuestra práctica de fe nos consuela, nos alimenta, nos fortalece, nos ilumina.

Algo semejante ocurre con la relación matrimonial de ustedes: puede ser una fuente incesante de retroalimentación y refresco de la vida. Me duele ver tantos esposos que tienen el corazón seco y vacío por no poder abrevar amor en el corazón de su pareja. Comprendo que la vida cotidiana es muy demandante porque son muchas las responsabilidades que tienen ustedes. Comprendo que esas responsabilidades los ocupan y les toman mucho tiempo, los cargan de preocupaciones y les quitan energía. Pero precisamente por eso es que ustedes necesitan retroalimentar sus vidas del punto de vista espiritual y emocional. Vivir tan exigidos sólo es posible si alguien me quiere y me hace sentir valioso e importante. Sentir que alguien me cuida y está pendiente de mí, me escucha y comprende, me acaricia y sostiene, que se ocupa de mis necesidades y no sólo está pendiente de las suyas.

Recuerdo un pasaje muy lindo del profeta Isaías que leeremos este sábado a la noche: “¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia? Háganme caso, y comerán buena comida,

se deleitarán con sabrosos manjares. Presten atención y vengan a mí, escuchen bien y vivirán” (55,1-3). Dios nos invita a alimentarnos de él y su Palabra, de lo que de verdad sacia el alma. El libro de la Sabiduría dice algo muy parecido: “Vengan a mí, los que me desean, y sáciense de mis productos! Porque mi recuerdo es más dulce que la miel y mi herencia, más dulce que un panal. Los que me coman, tendrán hambre todavía, los que me beban, tendrán más sed” (24,19-21). En estos textos parece inspirarse Jesús cuando nos dice: “Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré” (Mateo 11,28). Y también: “Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed” (Juan 6,35).

La fe se retroalimenta cuando vamos a quien nos dice: “Vengan a mí”. Y el amor de la pareja también se recrea cuando uno le dice al otro: “Vení a mí, comé de mi amor, bebé de la fuente de mi corazón”; y también cuando los dos escuchan de Jesús: “Vengan a mí ustedes fatigados por tantas luchas, abreen los dos en las fuentes de mi amor y así podrán vivir y amarse mejor”. De manera semejante ¡qué lindo sería que el amor recíproco que se tiene se alimente con palabras semejantes entre ustedes! : “Vení a mí, contá conmigo, apoyate en mí, descansá en mí ... yo te cuido. Vení, charlemos, contame”.

3) Nuestra historia de fe y amor

Todos nosotros tenemos una historia de fe. Es la historia de nuestra vida. Atravesamos distintas etapas con avances, estancamientos y quizás algunos retrocesos. Nuestra historia de fe pudo estar marcada por tiempos de crisis. Una crisis de fe es una oportunidad para crecer y superar una forma de conocer a Dios, de adorarlo y servirlo. Es normal que a medida que maduramos como personas la imagen que teníamos de Dios nos quede inadecuada, como atrasada para la edad que tenemos. Y muchas veces nos cuesta hacer un “update”, una actualización de la imagen de Dios, quién y cómo es Dios para mí. Y se produce un desfase entre nuestra madurez humana y nuestra fe. Muchos adultos son infantiles o adolescentes en la fe y esa es una fe que no les sirve, por eso terminan por abandonarla.

En nuestra historia también atravesamos situaciones difíciles que ponen en conflicto lo que creíamos de Dios. Cuando nos toca sufrir un dolor grave se nos cae abajo una imagen de él porque pensamos que era falsa. Y también puede ocurrir que no seamos capaces de buscar a Dios más allá de nuestras antiguas creencias e imágenes. Muchas personas caen en épocas de incredulidad o de frialdad total con Dios. Se enojan con él o se confunden y toman distancia. Y quizás luego les cueste retomar una búsqueda religiosa.

La fe es algo vivo y debe acompañar nuestra vida y crecer con ella. Ninguno de nosotros creció humanamente como persona sin atravesar umbrales críticos, es decir, momentos de duda, temor, confusión y oscuridad. Lo mismo se da con nuestro crecimiento como creyentes. La fe necesita atravesar crisis para poder evolucionar.

Algo parecido a lo que pasa con nuestra experiencia de fe les ocurre a ustedes en la confianza que se tienen uno al otro en la relación amorosa que los une. Todos ustedes tienen una historia de amor que atravesó y atraviesa por etapas distintas. No es posible cumplir muchos años de casados sin que el vínculo amoroso atraviese movilizaciones, cambios, momentos de duda, épocas de conflicto, temor o desconfianza. Las parejas exitosas son las que han sabido resolver esos momentos de crisis de manera favorable. Y como toda crisis está pidiendo un crecimiento, aquellos que no quieren o no pueden crecer como individuos y como pareja, fracasan en su relación y se separan. El abandono de la fe y el fracaso en el amor se debe muchas veces a no poder superar una crisis y bajar los brazos con impotencia. Somos débiles, frágiles y nos

quebramos en nuestra historia creyente y amorosa. Recuerden el caso de Simón Pedro. Una noche como hoy Pedro negó conocer a Jesús tres veces. Su debilidad lo llevó a traicionar a Jesús. Allí terminó una amistad, allí acabó el discipulado. Pedro no pudo atravesar la prueba de fe y amor en una noche como la de hoy. Se interrumpió un vínculo. Se produjo una ruptura aparentemente definitiva porque al día siguiente Jesús moriría. Pero la relación con Jesús no dependía sólo de Pedro, también estaba sostenida por Jesús. Y una vez resucitado, el Señor recrea esa relación, repara los daños, resucita el vínculo.

La historia humana se interrumpe todos los días por la muerte, es decir, por los fracasos, las crisis, las rupturas, los errores. Pero cada día podemos abrirnos a la fuerza de la Pascua, al poder de la Resurrección mediante la cual Jesús nos invita a recrear nuestra amistad con él y a ustedes a retejer la relación de los dos que pudo entrar en crisis y quedar al borde de la ruptura. Si un muerto resucitó, una relación amorosa puede recrearse. La fe en la Pascua nos desafía a creer que el amor puede restaurarse y una relación seguir adelante. Pero claro, nunca como antes. Tal como le ocurrió a Simón Pedro, en adelante habrá que crecer, cambiar, convertirse. La fe en la Pascua de Resurrección es el motivo más poderoso para creer en la restauración de una relación matrimonial a partir de la conversión de los esposos. Creer en la Resurrección es creer en nuestro cambio personal, comprometiéndonos o involucrándonos en el propio crecimiento como hombre y mujer, y también como pareja adulta y cristiana.

4) Cristo, inicia y completa nuestra fe

En la carta a los Hebreos leemos: “Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús” (12,2). La fe cristiana no es una creencia difusa en valores positivos. Ni tampoco la certeza de la existencia de Dios que anima una cierta espiritualidad. Nuestra fe cristiana se funda en Cristo Resucitado, “el cual –como dice el mismo versículo de la carta a los Hebreos– en lugar del gozo que se les ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios”. Creer significa para nosotros creer en Cristo Muerto y Resucitado. Esta fe es un programa de vida. Creemos en la vida y en el amor porque Jesús resucitó y creemos que esa vida de amor asume el fracaso, las dudas, las pruebas, los conflictos y las tribulaciones, pero las supera y vive las cruces como fuente de resurrección personal y matrimonial.

Ustedes necesitan tener gravado en el corazón a Jesús, el Cristo muerto por amor y resucitado por amor. Sólo él les puede decir que vale la pena superar juntos las pruebas y dolores, animados por la confianza de que la vida triunfa sobre la muerte. En la cruz Jesús amó y se entregó como esposo, nos dice de modo tan bello san Pablo en la carta a los Efesios (5,25). Es allí donde se consuma la relación sponsal de Cristo con la Iglesia, una unión indisoluble. Y es en la cruz donde ustedes pueden unirse amorosamente de manera intensísima entre los dos, por la fe en Cristo Resucitado.

Muchos cristianos necesitan “ver para creer”. Repiten el error del apóstol Tomás: “Si no veo... no creeré (Juan 20,25). Necesitan ver ostias que sangran, rosarios que se iluminan, personas que caen por la imposición de manos, leer mensajes de la Virgen... Pero la fuente única y originaria de la verdadera fe es creer lo que no hemos visto. Cristo ha resucitado y la Iglesia lo anunciará siempre como fuente de nuestra fe. Creer es vivir unidos a Cristo muerto y resucitado. Es hacer nuestra la experiencia testimoniada por san Pablo:

“Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el

inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él, no con mi propia justicia -la que procede de la Ley- sino con aquella que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe. Así podré conocerlo a él, conocer el poder de su resurrección y participar de sus sufrimientos, hasta hacerme semejante a él en la muerte, a fin de llegar, si es posible, a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3,1-11).

5) Fe, esperanza y amor

Hay una estrecha relación entre la fe y la esperanza, así como entre la esperanza y el amor. La esperanza es el modo como vivimos la fe, porque lo que creemos lo tenemos que esperar. Tal como ocurrió cuando ustedes se casaron que hicieron un acto de fe uno en la promesa de amor del otro y debieron esperar que esa promesa se cumpliera. La fe los abrió a la esperanza recíproca. Creyeron uno en el otro y esperaron uno del otro lo que habían creído.

En la Biblia siempre se ve cómo la esperanza es una dimensión y una expresión fundamental de la fe: esperar en el Señor es creer, creer en el Señor es esperar. Así se delinea el perfil de la fe que es una síntesis de confianza y esperanza que se traducen en la actitud de abrirse a la iniciativa salvífica de Dios que se manifiesta potentemente en la historia y se revela en modo definitivo en el cumplimiento escatológico (al final de los tiempos).

Esperanza y fe se llaman mutuamente, se incluyen y se garantizan una a la otra y remiten a Dios. En general se puede decir que es difícil distinguir entre fe y esperanza: se trata de una esperanza creyente y de una fe que espera. Una no puede estar sin la otra.

La fe esperanzada de ustedes como esposos se dirige a Dios en referencia a lo que él quiere para ustedes. Ustedes creen y esperan en la bendición de Dios sobre los dos y sus hijos. Pero ustedes son co-protagonistas de esa fe y esperanza: cuando ustedes cumplen sus promesas verán el cumplimiento de las promesas de Dios. Creer y esperar en la felicidad que Dios les promete los involucra, los com-promete a vivir amorosamente.

Por eso el que cree debe esperar el cumplimiento de lo que cree y esto significa no tanto aguardar de brazos cruzados y pasivamente que Dios nos haga felices, sino vivir el amor para que esto suceda. Creemos, esperamos y amamos para que se cumpla lo creemos y esperamos. Dejar de amar en el fondo es una falta de fe y una claudicación de la esperanza. La mayor desesperación es dejar de amar.

Ustedes no necesitan ser perfectos para hacerse felices, sólo Dios lo es. Ustedes necesitan uno del otro mantener viva la fe y la esperanza que se tienen uno en el otro. Creerse y esperarse. El modo concreto y práctico es viviendo amorosamente. Si él o ella te aman, aún con todas sus limitaciones, podés seguir creyendo y esperando. Los seres humanos no nos damos todo de una vez, pero podemos hacerlo gota a gota y esto mantendrá viva la fe y la esperanza de ser felices.

6) La fe surge de la escucha

Dice san Pablo que “la fe nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo” (Romanos 10,17). Hay una íntima e inicial relación entre la fe y la escucha de la Palabra. Cuando creemos, creemos en la palabra de alguien. La fe nació en nosotros y se alimenta y crece mediante la escucha y meditación de la Palabra de Dios. Sin abrirse a lo que Dios me dice es imposible que crezca mi fe en él, mi amistad con él, porque en el fondo, cuando Dios me habla,

siempre me dice lo mismo, me dice que me ama. Necesito escucharlo, leyendo con el corazón su Palabra, su Palabra “para mí”. Cada uno de nosotros es destinatario de una palabra personal de Jesús. Necesitan tener conciencia de esa palabra personal. Los consagrados tenemos una palabra sagrada que es nuestra y que es un lema de vida. Mi lema sacerdotal es una palabra de San Pablo: “Para mí la vida es Cristo” (Filipenses 1,21). Qué lindo sería que ustedes como matrimonio tuvieran una palabra de Dios que es la de ustedes, la que les pertenece y a la que ustedes mismos quieren pertenecer.

Si la vida de fe es abrirse a una palabra personal de Dios, de modo semejante la fe y la confianza entre ustedes crece sólo cuando abren el corazón para dialogar, para compartir lo que sienten, piensan y quieren. Sin diálogo desde el corazón la relación de ustedes se enfría, se enferma, se muere. Cuando ustedes dialogan sobre sus vidas a partir del diálogo con la Palabra de Dios, esa comunicación, ese diálogo matrimonial está en el umbral de la oración: al escucharse uno al otro, escuchan a Dios y al escuchar su Palabra se disponen a escucharse uno al otro.

7) Los sacramentos de nuestra fe

Los sacramentos son para los cristianos una fuente donde alimentar nuestra fe y nuestro amor. En ellos está intensivamente presente la gracia de Dios que es su amor: él mismo Señor amándonos. Como esposos, ustedes saben bien que el amor necesita ser expresado, porque un amor no suficientemente expresado es un amor no suficientemente vivido. Jesús nos amó y nos “amó hasta el fin”, como dice el evangelio de san Juan que hemos leído en la misa de esta noche (13,1). Y Jesús siempre expresó su amor sensiblemente. Lo hizo a través de *palabras* (sermones, parábolas, discursos, palabras de sanación, etc.) y *gestos* (imposición de manos, contacto corporal, multiplicación de panes, pescas sobreabundantes, etc.). Las *palabras* y los *gestos* de Jesús son la realización personal de su amor por nosotros.

El Señor quiso dejar a su comunidad que es la Iglesia esos mismos *gestos* y *palabras* para que pudiéramos recibir incesantemente su amor: son los *sacramentos*. Este “contacto” sensible con el Resucitado nos hace más viva la comunión con él. En su vida pública, esas palabras y gestos eran iniciativas “personales” de Jesús para entablar una relación “interpersonal” y para formar una “comunidad de personas”. De persona a persona para la formación de una comunidad de personas. Los sacramentos celebran un encuentro personal con el Señor y su comunidad. Nos dicen los evangelios que hubo muchos que quisieron “apoderarse” de los signos y milagros de Jesús: “tener” los beneficios que traía el Maestro de Galilea, “consumir” sus milagros pero sin “vincularse” personalmente con él. Jesús se resistió a favorecer el consumismo de predicaciones y milagros. Él siempre apuntó a provocar la fe como “respuesta personal” de sus discípulos y a pedir esa fe como “adhesión personal” a él.

Por eso nuestra vida de fe no puede quedar reducida a la recepción “pasiva” de los sacramentos. La fe madura se concretiza en un vínculo personal con el Señor mediante la celebración de los sacramentos en el seno de una comunidad de personas. Celebrar ese vínculo alimenta nuestra fe y nos impulsa a dar testimonio de Jesús a los demás. Nada está menos emparentado que el amor y el consumismo. El amor no se apodera de los demás. El verdadero amor vincula íntima y libremente a las personas: al Señor con nosotros y a nosotros con él y con los demás hermanos.

La eucaristía y la reconciliación son para todos nosotros fuente de gracia. Y para ustedes, la misma relación matrimonial que es el sacramento del matrimonio, es una fuente intensa de gracia y encuentro con el Señor. El sacramento del matrimonio es el mismo vínculo amoroso que

los une a ustedes, cristianos y creyentes. Es en la misma vida con tu cónyuge y mediante él o ella que Dios te habla, te consuela, te sostiene, te interpela, te pide paciencia, te invita a crecer, te llama a salir de vos y amar. Y aun aquellas parejas de cristianos que no han podido unirse por el sacramento del matrimonio, reciben la gracia del Señor por su convivencia vivida en amor, respeto y generosidad con sus hijos. También sus vidas son un lugar de santificación ya que Jesús se une a ellos, invitándolos a permanecer en su Amor y amarse mutuamente.

Los sacramentos son signos de fe no sólo porque nos piden una actitud creyente: aprender a descubrir al Señor en la eucaristía, en la reconciliación y en tu matrimonio, sino porque alimentan esa fe. Celebrándolos y viviéndolos nuestra fe se robustece.

8) Creemos en la Iglesia y como Iglesia

Dijimos al comienzo que la fe es un acto de confianza enorme: le creemos a alguien algo que nos dice. Tal como ustedes confiaron uno en el otro y se creyeron las promesas de amor, así la fe es creerla a la Iglesia que nos anuncia a Dios como Padre, a su Hijo como nuestro hermano y salvador, y al Espíritu Santo como huésped, amigo del alma y santificador.

La Iglesia es “el” testigo de Jesús que da testimonio de él en nuestra vida. Debemos reconocer que sólo Jesús “es el testigo fiel” (Apocalipsis 1,5; 3,14) y aceptar que la Iglesia, del punto de vista humano, tiene fallas en su testimonio. Sin embargo ella garantiza nuestra fe y necesitamos que, más allá de sus virtudes y defectos, vivamos unidos a la Iglesia. Sólo así podremos perseverar en nuestra vida creyente.

Cuando les hablo de la Iglesia quisiera aludir no sólo a la institución a la cual tenemos que acercarnos. En realidad la Iglesia es una comunidad que nos incluye a todos los bautizados. Ustedes son Iglesia. Nos hace tanto bien a ustedes y a mí reunirnos y alentarnos mutuamente a creer, sabiendo que el Señor está en medio de nosotros. Por eso digo que creemos “en la Iglesia” y también “como Iglesia”. Los grupos de matrimonios y la pastoral con los matrimonios y familias de la Merced es una manera concreta de vivir “como Iglesia” nuestra fe.

9) Testimonio y transmisión de la fe

La prueba de que nuestra fe no es un pasivo consumismo religioso sino una experiencia personal y comunitaria que nos moviliza y anima, es el hecho de que “vivimos” lo que creemos y con nuestra vida “anunciamos” lo que creemos.

El testimonio de fe no es un voluntarista proselitismo religioso para convencer a los demás (hijos, nietos, otros matrimonios...) acerca de Dios y Jesús. El testimonio es más bien un anuncio gozoso de lo que para nosotros es fuente de alegría y paz. Un anuncio más vivido que hablado. Como enseñaba San Francisco de Asís a sus frailes: "Vayan y anuncien la Buena Noticia, sólo si es necesario usen las palabras".

Este anuncio supone la respuesta libre de los demás. La fe no se transmite como un conocimiento por vía de enseñanza donde lo necesario es comprender, memorizar y repetir. La fe es comunicar una experiencia personal a alguien que la recibe desde su propia situación y libertad personal. Jamás podremos obligar ni convencer a alguien por la fuerza. Pero sí podemos anunciarles lo que creemos. Ya tendremos la ocasión de profundizar en los grupos qué significa transmitir la fe a los hijos, tema que tanto les preocupa a ustedes como papás.

10) El credo del matrimonio y la familia

Termino...

A lo largo de este año profundizarán más en los grupos estas cuestiones de la fe en sus vidas. Les propongo que, como síntesis de todo lo que reflexionen, a fin de año redacten un "credo" matrimonial y familiar; es decir, un conjunto de verdades vitales que Dios les inspire y en las que creen como matrimonio y ojalá como familia. Necesitan confirmar la fe. La fe de la Iglesia, la fe de tantas generaciones de cristianos, de mártires, testigos, consagrados y esposos cristianos. Personalicen esa fe y háganla "fe de ustedes" redactando un credo matrimonial y familiar.

Quizás también como grupo puedan redactar un credo grupal a partir del propio de cada pareja. Y culminaremos el año ritualizando esa fe.

Un abrazo a todos.